SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO V Nº 314
9 • 11 • 2003

RADAR libros

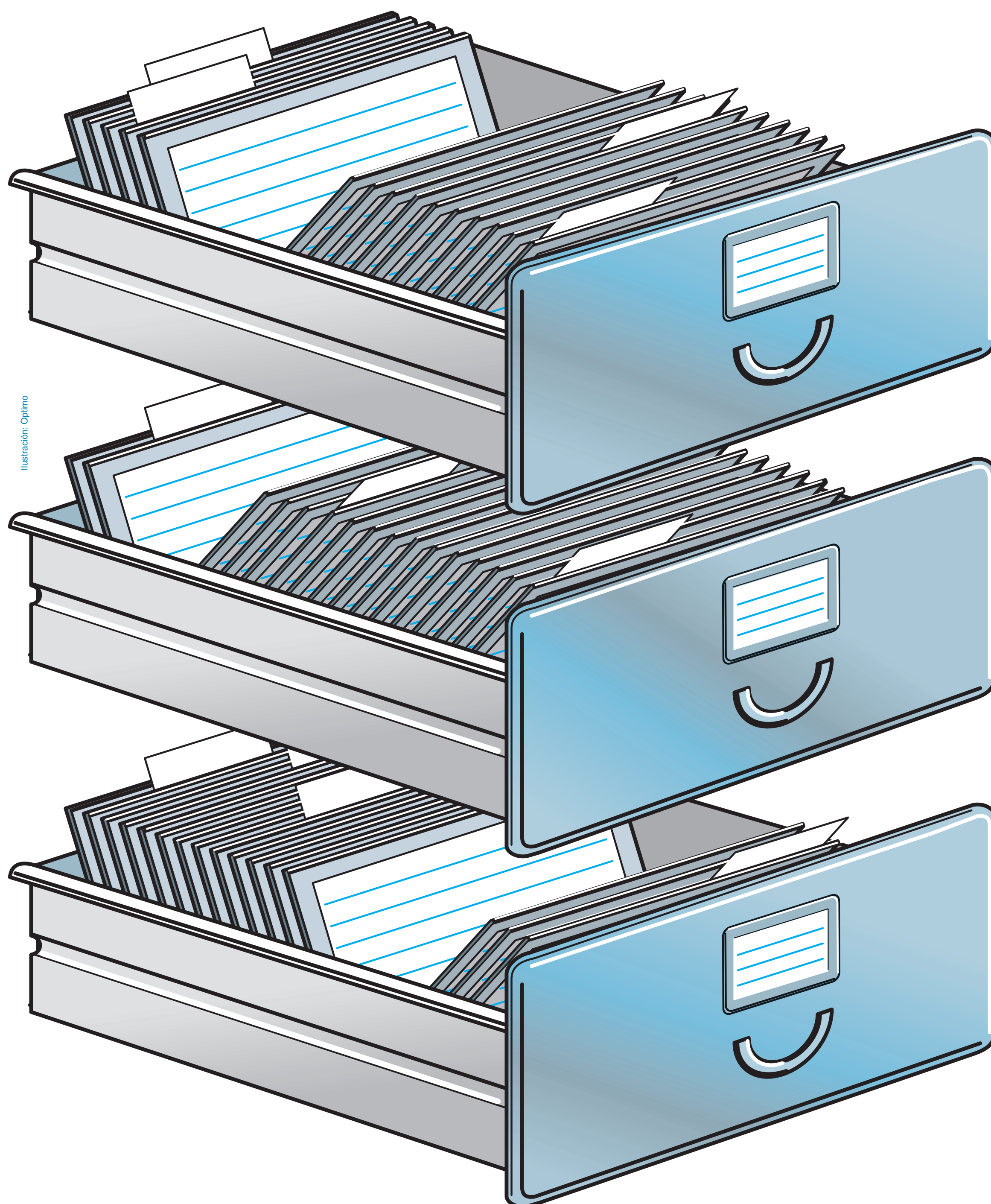


Ilustración: Optimo

LA MEMORIA DEL MUNDO

En marzo de 1998, se llevó a cabo en La Sorbonne y en la sede de Unesco el Foro Internacional sobre Memoria e Historia. La lista de participantes incluía a Umberto Eco, Jean-Pierre Vernant, Paul Ricoeur, Julia Kristeva, Alain Touraine, Jacques LeGoff, Jorge Semprún y Elie Wiesel, entre otros. El evento no sólo consistía en una serie de ponencias sino también de diversos debates con el público. El resultado de aquellas jornadas, publicado por estos días en la Argentina por la editorial Granica bajo el título *¿Por qué recordar?*, y del que se anticipan algunos fragmentos, es una lúcida indagación sobre los modos en que el mundo construye su memoria, manipula ideológicamente el olvido y enfrenta un desafío único: el de pensar cómo escribir la Historia sin olvidar nada.

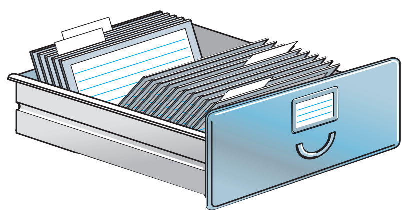
POR UMBERTO ECO

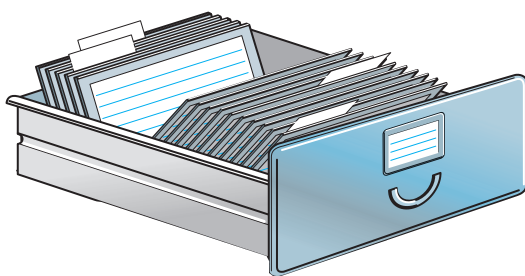
La memoria triunfa siempre, porque es muy difícil olvidar. Desde los albores de la antigua Grecia hasta la época barroca, la gente se preocupó de desarrollar la mnemotecnia, el arte de la memoria. Era un esfuerzo descabellado y sublime, a la vez destinado a ayudar al hombre a recordarlo *todo*, la totalidad del saber conocido. Pero ya en la época en que existía esta tradición mnemotécnica, se planteó el problema de saber si existía también una técnica para olvidar.

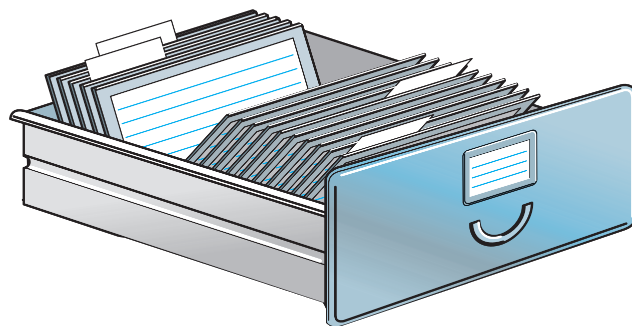
Según los mnemotécnicos clásicos, se olvida por enfermedad, por trepanación cerebral, por represión, por ebriedad o por accidente. Pero, según parece, es imposible olvidar a voluntad. Se ha intentado muy seriamente descubrir técnicas para olvidar. Gesualdo, en su *Plutosofía*, propuso un experimento: imaginar una habitación repleta de símbolos de recuerdos que se quiere olvidar, y representarse a sí mismo en el momento de arrojarlos por la ventana. Pero este experimento demuestra que lo único que se consigue es reforzar los recuerdos que se quería eliminar. Los que saben qué es lo que quieren olvidar –un amor desdichado, la muerte de una persona amada o la ignominia de una humillación–, saben también que mientras más se esfuerzan por borrar un recuerdo, lo que consiguen es que la imagen que queremos eliminar se sitúe con más fuerza en el centro de nuestra conciencia.

Tal mecánica individual que nos impide olvidar, esta imposibilidad de hacer un arte del olvido personal, no existe tratándose de colectividades. Quizás esto se deba a que la memoria colectiva ha sido delegada en especialistas, en los historiadores, en los archiveros, en los periodistas, que pueden elegir entre el silencio, la reticencia, la censura.

Sin embargo, no se trata solamente de eso, pues tal memoria colectiva se las arregla, a veces, para sobrevivir a las censuras del poder y a los silencios de los historiadores. Ocurre que, para restablecer la con-







cordia, para favorecer una nueva alianza, el poder político se calla y pasa en silencio la xenofobia, la memoria de una guerra, de una invasión, de una colonización. Pero la memoria colectiva resiste: la gente murmura, la memoria subsiste por el cotilleo, la sátira, los cotidianos actos de desconfianza.

Por consiguiente, no siempre es la razón la que hace que las colectividades olviden. Se debería hablar a este respecto de un olvido metafórico, puesto que no se trata de la supresión de algo que ellas ya sabían, sino de una ausencia de saber. Lo que sucedió realmente y que se conserva en los archivos no llega hasta el cuerpo social. Se descubre entonces que los jóvenes tienen una noción imprecisa del pasado reciente, que no saben quién era Truman, que no son capaces de situar en coordenadas temporales exactas las Guerras de los Treinta Años, que confunden con la Guerra de los Cien Años.

Este bloqueo de la memoria colectiva parece afectar cada vez más a las nuevas generaciones e incluso a los adultos. La causa del fenómeno es el exceso de información que merece ser almacenada en la memoria. El saber histórico nos abruma. Antiguamente, la única forma que tenía la gente de conocer su pasado era por medio de leyendas, de simplificaciones poco realistas. El mundo moderno, en cambio, ha elaborado una técnica historiográfica rigurosa, de manera que hoy sabemos lo que nuestros antepasados no sabían. Este depósito de memoria histórica ha llegado a ser excesivo.

Estamos estupefactos frente a los archivos del pasado del mismo modo como nos sentimos desconcertados ante ese archivo del presente que es la World Wide Web de Internet. ¿Buscamos información sobre un tema cualquiera? Como respuesta obtenemos una lista con diez mil sitios. Nuestro poder de discriminación y de elección se paraliza; optamos por renunciar. Saber demasiado es lo mismo que no saber nada.

Igual cosa ocurre con el saber histórico. Algunos rehúsan conscientemente a saber demasiado. En el departamento de Filosofía de una gran universidad norteamericana, un eminente colega había hecho poner un anuncio donde se leía: “Prohibida la entrada a los historiadores de la Filosofía”. El mencionado colega me explicó que no tenía mayor importancia saber si tal o cual idea había sido elaborada por Aristóteles o por Descartes, porque, o bien es falsa, y entonces no vale la pena reflexionar demasiado sobre ella, o bien puede ser verdadera y válida para mí, en cuyo caso debo descubrirla en el curso de mi investigación personal. Y en ese contexto personal, la misma adquirirá un valor distinto al que tenía originalmente. Mi respuesta a este colega fue la siguiente: “Pero si sabes que tal idea fue propuesta por Aristóteles, podrás evitar los errores que otros han cometido, podrás descubrir que la misma no podía prosperar. Eso puede ayudar”. Su reacción, sin embargo, fue casi fundamentalista, debido a que tenía la impresión de que el exceso de memoria anularía su capacidad de invención.

Ahora bien, el problema no es el de formular por enésima vez la máxima *Historia Magistra Vitae*. Digámoslo claramente: la Historia no nos enseña a actuar; de lo contrario Hitler no habría emprendido la campaña de Rusia, puesto que tenía ante sus ojos el ejemplo histórico de Napoleón. Y no nos enseña a actuar, porque nuestros deseos nos inducen siempre a reinterpretarla de mala fe.

No obstante, es la memoria del pasado la que nos dice por qué nosotros somos los que somos y nos confiere nuestra identidad. Los individuos están conscientes de esto, como aquellos niños expósito que se esfuerzan por descubrir sus orígenes para subsanar esa carencia fisonómica que los hace desgraciados, psicológicamente imprecisos, desfigurados por no tener un rostro definido. Cuando en algunas universidades norteamericanas veo a estudiantes negros que rechazan oír hablar de Shakespeare o de Julio César, y sólo aceptan que se les hable sobre los mitos de los dogones o sobre la historia del imperio de Mali, experimento la sensación de una nueva “guetización”, porque su problema no es solamente recuperar la identidad cultural de sus ancestros. Los occidentales deberían hacer suya también esa identidad y estudiar, asimismo, el imperio de Mali paralelamente al imperio carolingio. Pero no se trata tampoco de estudiar el imperio de Mali y olvidarse de Shakespeare, porque la identidad de un negro americano depende también, necesariamente, de Shakespeare y de Julio César. Y si no acepta esta verdad, ni siquiera entenderá por qué va a ver la película *Titanic*, ni las emociones que siente. Habiendo nacido en el continente americano, los estudiantes negros son igualmente hijos de la memoria de Occidente: privarlos o privarse de esta memoria representa un despojo, una herida, una imposición que los margina una vez más.

Esto nos permite entender por qué nuestra memoria debiera ser voraz, absorberlo todo para construir nuestra identidad, tanto en el Tercer Mundo como en Europa. En la memoria histórica de las escuelas occidentales fue necesario inventar a Asterix para que los niños italianos aprendieran lo que los niños franceses ya sabían, esto es, que además de la historia de los romanos, está también la historia de los galos. Traten de imaginar lo que sería para los niños de Europa un libro de Historia que hablase al mismo tiempo de los celtíbaros y de los sármatas, de la revocación del Edicto de Nantes y la revuelta napolitana de Masaniello, de Magallanes y de las razones centenarias por las cuales Kosovo o El Líbano son lo que son actualmente; de los protestantes suecos y de los judíos españoles antes de la Reconquista, de Santa Hildegarda de Bingen y de Santa Catalina de Siena... ¡20.000 páginas! ¡No hay que reírse! ¡O libros de 20.000 páginas o manuales nacionalistas! ¿Cuál será la solución? La solución es que habrá que elegir para poder hacer frente al exceso de información.

Sin embargo, deberíamos encontrar un medio para recordar lo que nunca hemos sabido. Este problema me obsesiona desde hace mucho tiempo: ¿cuál será el futuro de los libros? Desde mediados del siglo XIX se comenzó a hacer libros a base de madera en lugar de tela. Pues bien, mientras que todavía se puede leer un incunable en la actualidad, un libro publicado en la segunda mitad de este siglo tiene una vida útil de poco más de setenta años, e incluso menos si se trata de uno editado por Vrin en los años cin-

“La imposibilidad de hacer un arte del olvido personal, no existe tratándose de colectividades. Quizás esto se deba a que la memoria colectiva ha sido delegada en especialistas, en los historiadores, en los archiveros, en los periodistas, que pueden elegir entre el silencio, la reticencia, la censura. Sin embargo, la memoria colectiva resiste: la gente murmura, la memoria subsiste por el cotilleo, la sátira, los cotidianos actos de desconfianza.” Umberto Eco

cuenta; todas mis obras de Gilson se están cayendo a pedazos. Se sabe que hay muchas formas de salvar un libro: tratamientos químicos (pero son demasiado costosos para bibliotecas que tienen diez millones de volúmenes), memorización informática (pero hay que tener en cuenta la fragilidad del soporte magnético), el microfilm (pero es un material que sólo pueden utilizar los iniciados), reimpresiones sucesivas (pero entonces la permanencia en el tiempo dependería exclusivamente de los editores y los comerciantes). Debería haber un comité de sabios que decidiera qué libros salvar. Yo espero de todo corazón no tener nunca que formar parte de tal comité, porque me sentiría culpable de parricidio. Pero nuestro deber maldito y nuestro privilegio no querido será decidir, de alguna manera, qué es lo que merece la pena de ser recordado.

“Agobiados por nuestro conocimiento histórico, no podremos rechazarlo”, decía Nietzsche. Y tenía razón: nuestro saber histórico nos agobia. Sin embargo, debemos rechazar su rechazo e ir más allá de su bien y de su mal.

La velocidad de la Historia

UN FRAGMENTO DE UNO DE LOS DEBATES LLEVADO A CABO EN EL FORO INTERNACIONAL SOBRE MEMORIA E HISTORIA.

Un miembro del público: En China, al día siguiente de la masacre de Tiananmen, se pudo decir con razón que un régimen que elimina a su juventud no tiene porvenir. Pero un régimen que no tiene memoria ¿está condenado a la decadencia?

Alain Touraine: Yo estaría tentado de decir más bien que un régimen sin memoria está condenado a la explosión. Porque si se es incapaz de elaborar un proyecto, esto es, de tender un puente entre el pasado y el futuro, de ejercer influencia sobre los mecanismos de cambio, entonces se pierde el control sobre los acontecimientos, y llegado ese momento, la única posibilidad de mantener unida a la sociedad es mediante medidas autoritarias. Es lo que ocurrió después de Tiananmen. Hemos sido testigos del reemplazo de una dictadura comunista por una dictadura nacionalista. Lo que no quiere decir que esta situación vaya a prolongarse, pero confirma que la memoria es indispensable para la democracia, es decir, para la capacidad de actuar sobre el presente en función de expectativas, de exigencias, de recuerdos. Es evidente que las expectativas y las demandas se alimentan de la experiencia vivida, del pasado. La democracia consiste en votar en el presente por un porvenir, en función de una experiencia del pasado.

Un miembro del público: Del mismo modo como existe lo aleatorio en el futuro, lo aleatorio está presente también en el pasado. Sería necesario tenerlo en cuenta, como hacen los físicos. Porque junto con la larga duración interviene el retroceso. Esto significa que mientras más largo sea el retroceso, mayor es la probabilidad de descubrir en los fenómenos aspectos en los cuales nadie había pensado antes.

Jacques LeGoff: Hay un debate interno entre los dos sentidos de la palabra "historia": por una parte, la disciplina de la Historia, el oficio del historiador, y por la otra, la historia objetiva, la que nosotros vivimos, la que se hace cada día. Si he empleado el término historia en singular, es porque quería referirme a la disciplina de los historiadores, a la historia de Braudel, a la de Marc Bloch. En lo que respecta a la memoria, es evidente que la facultad de rememorar que nos viene de nuestro cerebro, al transformarse en fenómeno humano, pasa del singular al plural. Según Jean-Pierre Changeux, el cerebro mismo produce diferentes memorias. En el caso de la Historia, prefiero el singular al plural, cualquiera que sea el caso. Tal vez sea una distorsión debida a mi formación como historiador en la órbita del movimiento de los Annales, y a la tentación denominada global o total. En cuanto a lo aleatorio, preferiría no pronunciarme, pero es cierto que los trabajos de los historiadores no lo mencionan suficientemente.

Umberto Eco: Lo aleatorio juega un papel fundamental en nuestra memoria personal. Probablemente hay razones aleatorias que explican por qué nosotros hemos olvidado o retenido algo en nuestra memoria. Pero no se puede hablar de movimientos aleatorios en relación con la memoria colectiva. Cuando ésta olvida algo, es siempre por razones ideológicas. ¿Cuál sería el contenido de un Manual de Historia europea? ¿Qué elementos serían expurgados de ella? Quisiera ilustrar esta idea con un ejemplo italiano: en la parte que se refiere al siglo XIX, no se hablaría de Carlo Pisacane, pero quizá se mencionaría a Thaddeus Kosciuszko; nadie puede saberlo. Las razones por las cuales se guarda la memoria de una cosa y no de otra posiblemente sean neo-conexionistas. Se sopesaría la manera en que los diferentes países hablan de los otros y se descubriría que ciertos temas pueden ser comunes, mientras que otros, por razones aleatorias, no pueden serlo. En esa forma se llegaría a lo que se denomina la distribución de pesos en un sistema neo-conexionista.

Jacques LeGoff: Francamente, yo no creo que en un futuro próximo sea posible redactar un Manual de Historia europea. Estoy convencido de que tal empresa sería más destructiva que constructiva. Sería preciso que, bajo el patrocinio de la Unesco, se establecieran discusiones entre los autores de manuales de Historia y las autoridades educacionales de distintos países europeos, a fin de evitar las contradicciones que puedan existir entre dichos manuales; algo similar se ha hecho ya, pero es insuficiente. Esto hay que decirlo. Pero de ahí a establecer una Historia de Europa... Por otra parte, es normal que un historiador que piensa que existe un pasado que justifica o que conduce a que se camine hacia una Europa común, esté al mismo tiempo convencido de que Europa no existe. Está aún por hacer; de ahí que, de alguna manera, hayamos sido remitidos al tema de hoy: ¿cómo escribir el libro de Historia del porvenir? Europa es un fenómeno del futuro. Es preciso prepararse muy seriamente, apasionadamente, pero tenemos que esperar. Llegará el día en que sea una realidad: ¿cuándo?, eso no lo sé. Ese es el problema de ponerle fechas al porvenir, de ponerle fechas a la utopía.

Un miembro del público: Se ha dicho que las predicciones de Marx, que él estimaba de cumplimiento inmediato, tomaron mucho tiempo en realizarse.Pero hoy en día las evoluciones política, sociológica o tecnológica se producen con extraordinaria rapidez. Tengo la impresión de que el tiempo acelera todos los procesos, tanto del pasado que se contrae, como del futuro, que resulta extremadamente breve.

Umberto Eco: Es cierto que la velocidad ha influido y va a influir cada vez más sobre nuestra civilización. Me pregunto, no obstante, si este fenómeno es aplicable también a la visión del pasado. Pongo un ejemplo: la velocidad es lo que permite a millones de japoneses visitar el Louvre y moverse, gracias a ella, en el pasado. La velocidad afecta más mi visión del presente que la del pasado.

Un miembro del público: Me dirijo especialmente a Jorge Semprún, porque soy sobreviviente de un campo de concentración en Argentina. El trabajo de memoria es luchar contra el olvido para reconstruir. En este contexto, ¿qué podemos proponer concretamente a las generaciones presentes? Es una pregunta que me hago desde mi liberación. ¿Cómo transmitir nuestra experiencia a la nueva generación? ¿Cómo ofrecerles otra cosa que no sean relatos de horror? Jorge Semprún sabe que no existen palabras para contar eso, pero ¿cómo se puede construir una identidad tal, que mueva a decir "nunca más"?

Jorge Semprún: El trayecto, el recorrido de la escritura posiblemente sea diferente para cada cual. Algunos se refieren a su experiencia y sienten una ostensible necesidad de dejar un testimonio. Otros necesitan mucho más tiempo para poder hacerlo. Pero tanto para unos como para otros, hay un tiempo que no depende ni de la naturaleza del dolor ni de la voluntad de cada uno, sino de algo mucho más objetivo. Es el tiempo de la posibilidad de ser escuchado. Los que escribieron de inmediato no fueron escuchados. Sólo lo fueron quince o veinte años después, coetáneamente al momento en que aquellos que no habían podido escribir antes, comenzaron a hacerlo. Esta dialéctica entre el tiempo de la memoria y el tiempo de la capacidad de escuchar escapa completamente a la voluntad de los testigos: de modo aparentemente misterioso, se produce una especie de maduración. De todas maneras, es más fácil dirigirse a las generaciones más jóvenes.

Con ocasión del quincuagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración europeos, había una generación de jóvenes franceses capaces de escuchar, de hace preguntas, de ser impertinentes, curiosos; algo de lo cual no eran capaces los que habían vivido aquellos hechos de manera directa, sea en la cólera de la resistencia o en la vergüenza de la pasividad. En cuanto a la manera de contar... Cada cual hace lo que puede, cada cual cuenta como puede. Hay testimonios directos, brutales; hay otros relatos de ficción, donde se trata de transmitir esa experiencia. Pero todos saben que hay un margen de inexpresable, que no se puede colmar en ninguna forma, un margen de experiencia intransmisible que no puede ser franqueado más que por la repetición... Es significativo que lo último que escribió Primo Levi antes de suicidarse, haya sido un libro donde él vuelve sistemáticamente, en una forma casi pedagógica, sobre su experiencia, donde trata cada uno de los problemas, uno tras otro, como si para transmitir su propia memoria hubiera sentido la necesidad de no contentarse con lo que ya había dicho antes (había dicho prácticamente todo respecto a su experiencia), de volver a decirlo una vez más, recogiendo ahora la repercusión que habían tenido sus anteriores confesiones.

Quisiera terminar citando una frase muy bella, muy profunda, de Primo Levi: "Nosotros, los que damos nuestro testimonio, los que escribimos, no somos los verdaderos testigos, los verdaderos testigos están muertos. Los verdaderos testigos son aquellos que llegaron hasta el final del enfrentamiento con la Gorgona. Nosotros no somos sino testigos parciales, que sobrevivimos por casualidad, por lo que sólo podemos contar una parte de la experiencia. Es por esto que la experiencia más terrible de la deportación, la experiencia de las cámaras de gas, será siempre una experiencia no contada, y seguirá siendo, a causa de sus misterios, la más terrible de este siglo".

"Un régimen sin memoria está condenado a la explosión. Si se es incapaz de elaborar un proyecto, de tender un puente entre el pasado y el futuro, de ejercer influencia sobre los mecanismos de cambio, entonces se pierde el control sobre los acontecimientos, y la única posibilidad de mantener unida a la sociedad es mediante medidas autoritarias. Es lo que ocurrió después de Tiananmen. Hemos sido testigos del reemplazo de una dictadura comunista por una dictadura nacionalista. Pero no creo que vaya a durar." Alain Touraine

Los racismos del mañana

Étienne Balibar, profesor de la Universidad de París X, discípulo de Louis Althusser, junto a quien coescribió en los ‘60 el clásico *Para leer el Capital*, estuvo en Buenos Aires invitado por el Centro Franco-Argentino de Altos Estudios, de la Universidad de Buenos Aires, para dictar un seminario de doctorado sobre los “racismos del futuro” (aunque indudablemente contemporáneos).

FOTONORA LEZANO

POR VERÓNICA GAGO

Militante del Partido Comunista durante dos décadas (‘61-’81), Étienne Balibar se ha dedicado en los últimos años a vincular las problemáticas de la nacionalidad, las migraciones y la crisis de la soberanía estatal. A esta línea de trabajo pertenecen los libros: *Sanspapiers: el arcaísmo fatal*, sobre los migrantes senegaleses y malasios sin papeles organizados en Francia; *Derecho de ciudad*, y el más conocido *Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas*, coescrito con Immanuel Wallerstein.

¿Cómo se manifiesta el racismo hoy?

–Para muchos de nosotros la conciencia de la importancia del problema del racismo en las sociedades actuales nos llevó a buscar nuevas definiciones e interpretaciones de los aspectos contemporáneos del racismo, ligado, especialmente en Europa, al problema de las migraciones y la respuesta que ha dado el cuerpo social. La hostilidad hacia los inmigrantes es una forma típica del nacionalismo en épocas de crisis de las naciones.

¿Por qué, entonces, sería un racismo “posnacional”?

–En el sentido de que hace manifiesto la transnacionalización y la globalización de las causas y los efectos. Entonces, el migrante como figura más o menos típica, estereotipada, habría tomado el lugar de blancos típicos anteriores que fueron la base de las definiciones clásicas del racismo: el judío, el negro en regímenes de apartheid y poblaciones coloniales. Tomando progresivamente en cuenta otros aspectos de la coyuntura actual, en el marco de una economía global de la extrema violencia, me parece que hay otros fenómenos que son tan importantes como la migración.

¿Por ejemplo?

–La noción de racismo que utilizamos es una definición institucional que fue adoptada inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial por la ONU y la Unesco y que asocia las lecciones del nazismo, del antisemitismo nazi, de la colonización y la descolonización y de las luchas alrededor del problema de derechos civiles en América. Entonces, había tres grandes formas del racismo: el antisemitismo, el racismo colonial y la supremacía blanca *(white supremacy)* heredada de la esclavitud de los negros. Y todo esto fue combinado con una crítica de la idea misma de raza que había servido de varios modos a legitimar y justificar la exterminación de los judíos en el nazismo, la dominación colonial por la llamada superioridad de los países europeos sobre el resto del mundo y la discriminación racial en Estados Unidos. No digo que estas formas tradicionales de racismo no existan más. Ningún racismo desaparece, sino que es una especie de mutación. Yo propongo otra tríada para los fenómenos actuales que tiene que ver más precisamente con el fenómeno estructural de la exclusión interior en el mundo globalizado.

¿A qué se refiere con “exclusión interior”?

–El mundo globalizado es un mundo que no tiene exterior. Pero el hecho de que no hay afuera es también sumamente ambivalente: también significa que no hay interioridad, es decir, no hay comunidad, o ella está amenazada permanentemente. Volviendo, veo hoy tres grandes categorías, también probablemente de forma esquemática. Hay lo que yo llamaría la mercancía humana. Son los seres humanos que están completamente reducidos al estatuto de cosas. Incluye fenómenos de extrema pobreza hasta fenómenos de migrantes en busca de lugares donde ser utilizados y fenómenos muy perturbadores de explotación biológica, como la venta de órganos, de sangre, etc. Todo esto es un conjunto muy complejo pero que es parte de, como diría Marx, la reificación del ser humano. Hay un segundo aspecto que tiene que ver con los genocidios y los conflictos étnico-religiosos; todo lo que teóricos como Huntington han llamado “choque de civilizaciones”. No concuerdo en ningún sentido con la explicación de Huntington, pero es indudable que la mundialización ha intensificado fenómenos de incompatibilidad y ha histerizado odios étnico-religiosos que producen e inducen un racismo de tipo cultural. Es el caso del conflicto entre judíos y árabes, pero también lo que pasa en India. Esto puede producir migraciones o fugas pero es otro tipo de intensificación del racismo que está muy ligado a la globalización. Finalmente hay un tercer ejemplo que es muy directamente visible en esta parte del mundo, que es el fenómeno de la exclusión de los sobrevivientes de los grandes genocidios de la historia humana: los indios de América y los negros de Africa. Esto se combina con el resto, es decir, tiene que ver con la extrema pobreza y demás. Pero hay un núcleo de significación y de representación simbólica de la alteridad, de la incompatibilidad cultural, que tiene otras raíces. Esta sería mi nueva trilogía: los sobrevivientes, la mercantilización de los seres humanos –los pobres extremos– y los conflictos étnico-religiosos intensificados por la globalización.

¿Cuáles elementos de la política exterior norteamericana no se corresponderían, desde su perspectiva, con el imperialismo clásico?

–Lo nuevo sería precisamente el proyecto de soberanía global. Y la razón por la cual es difícil resistir a semejante proyecto, aunque tenga sus debilidades obvias, es que hay un problema general de regulación del plano internacional. Y los Estados Unidos empujan por dos lados: por una parte, para debilitar a la autoridad de la ONU y, por el otro, explican que ellos toman las medidas que la ONU está incapacitada de tomar. Mientras no haya una propuesta alternativa, para decirlo de alguna forma, es una pretensión que tiene cierta justificación. Para volver al principio: todo esto es una especie de dialéctica progresiva de los viejos y nuevos aspectos de la guerra, pero la guerra no es toda la violencia del mundo de hoy. Incluso la guerra no es la forma extrema de la violencia de hoy. Esto no significa que la guerra no sea violencia, ni que la guerra que se está haciendo en estos momentos no intensifique otros aspectos de violencia que tienen que ver con la pobreza, los conflictos étnicos y religiosos, y todo lo que mencioné antes. Pero, precisamente, la guerra es uno de los eslabones de esa economía de la violencia global y para mí es menos posible enfrentarse a los problemas de seguridad colectiva, por llamarlos de alguna forma, que plantear la guerra sin tomar en cuenta ese complejo, esa red de fenómenos de violencia.

Sabiduría garantizada


FOTO SANDRA CARTASSO

EL LIBRO DEL INGENIO Y LA SABIDURIA
Ana María Shua

(Antología, introducción, comentarios y versiones)
Alfaguara
Buenos Aires, 2003
390 págs.

POR PABLO PÉREZ

“Este es un libro de cuentos populares. El lenguaje común suele llamar ‘popular’ a aquello que resulta muy exitoso y obtiene difusión masiva. Con algo más de rigor, llamamos cuentos populares a aquellas narraciones anónimas, de transmisión oral”, escribe Ana María Shua en el esclarecedor prólogo a *El libro del ingenio y la sabiduría*, en el que además reflexiona acerca de qué es la inteligencia, rasgo que comparten tanto el ingenioso como el sabio. Según Shua, la definición de inteligencia más aceptada en la actualidad es la de Howard Gardner, un profesor de Harvard, quien la define como “la capacidad de resolver problemas nuevos, pero también la capacidad de generar nuevos problemas para resolver”.

Después de leer estas historias, varias de ellas simplemente geniales, uno se pregunta quiénes serían estos “anónimos” que no entendían la literatura tal como la conocemos hoy. Cuando la mayoría de estos cuentos nacieron, la idea de “derechos de autor” no existía. Sin lugar a dudas muchos de estos cuentos sobre sabios o ingeniosos fueron creados por hombres sabios e ingeniosos y, en algunos casos, por grandes maestros del sufismo o del budismo zen. Entre los relatos y proverbios reunidos en este volumen, encontramos cuentos de la India, China, Japón, algunos países de Europa, diferentes tribus del Africa y América. También hay cuentos extraídos de *Las mil y una noches*, como la “Historia del Bastardo” en el que tres ingeniosos comedores de hachís –uno de cuyos efectos es, según este cuento, el de avivar la inteligencia– elaboran, bajo el efecto de esta droga, un inteligente plan gracias al cual uno de ellos llega a ser consagrado sultán, título que compartirá con sus dos amigos al conservarlos como sus más cercanos asesores.

En nuestros días, esta manera de transmisión oral que dio origen a la literatura se encuentra en los chistes, o todavía en historias como “El secreto de la longevidad”, que circula por Medio Oriente, y es la más reciente de las recopiladas por Shua en su antología: “Un anciano beduino llegó a cumplir ciento cuatro años. El diario más importante del país envió un periodista a entrevistarlo.

—¿Como hizo usted para llegar a esa edad tan avanzada? —preguntó el periodista.

—Estoy convencido —contestó el beduino— de que mi larga vida se debe a que nunca discuto con nadie.

—¡Vamos! —contestó incrédulo el periodista—. ¡No va a tratar de hacerme creer eso!

—Entonces debo estar equivocado —dijo el anciano—. Debe ser por alguna otra razón”.

Se pueden objetar algunos —muy pocos— descuidos en las versiones que hace Ana María Shua de estos relatos. No obstante *El libro del ingenio y la sabiduría* resulta muy entretenido, por momentos sorprendente y con grandes enseñanzas para la vida: un libro perfecto para llevarse como lectura en las próximas vacaciones.

Escalera a la fama

GOLPEANDO LAS PUERTAS DE LA TV: CRÓNICAS DE LA FAMA REPENTINA
Julián Gorodischer

Prólogo de Daniel Molina
Libros del Rojas
Buenos Aires, 2003
140 págs.

POR CECILIA PAVÓN

Un par de meses atrás, en un encuentro sobre Adorno, se hablaba sobre qué actitud tomar frente a los productos de la industria cultural. Un profesor universitario que estaba en el público, contestando a la pregunta de una investigadora del panel sobre si consumir o no “cultura basura” dijo “yo propongo que la consumamos, pero con culpa”. Esta culpa que, siguiendo a Andreas Huyssen, podría ser interpretada como miedo a la contaminación es muy común entre intelectuales que consideran que este tipo de producción cultural carga con la responsabilidad de embrutecer a las masas, y otras acciones viles. En *Golpeando las puertas de la TV*, primer libro de Julián Gorodischer (que como periodista se especializa en temas de televisión), no hay una mirada optimista frente a la cultura televisiva, pero tampoco encontramos ningún miedo a la contaminación sino todo lo contrario, un deseo por mezclarse y volverse uno con esos sujetos que consumen sin culpa y hasta con fe ciega esa “cultura basura”, y que además de consumirla sueñan con formar parte de ella. Como “un antropólogo cimarrón” –en palabras de Daniel Molina, autor del prólogo– Gorodischer se introduce en la vida cotidiana y las mentes de fans, aspirantes a bolos, participantes de paneles del público y postulantes a reality shows, y se mimetiza con sus historias y sus psiquis, desplegando una trama textual en la que por momentos, se hace difícil discernir las voces ajenas de la propia. En este sentido, no se trata de un libro de investigación periodística convencional sino más bien de un experimento de escritura, ya que el resultado se parece más a un largo poema de corriente de la conciencia que a un análisis frío o a la crónica de un observador distante.

Así, en el primer capítulo, recordando una anécdota de infancia en la que se ganó el desprecio de su madre por distraerse mirando a Margarito Tereré y arruinar su sillón preferido al volcar un vaso de gaseosa, deja claro que el sentimiento de fascinación, el hechizo lobotomizante provocado por la TV es un rasgo compartido entre él y sus conejitos de Indias: la presidenta gordita y fea del club de fans de Mambrú o una pareja con psicopatías evidentes que espera a los famosos en la puerta de un Canal para llenar sus libretas de autógrafos. Estos “informantes” aparecen retratados como seres socialmente disfuncionales, con psicologías border, sin empleo, con problemas familiares, y sin ningún otro sentido en sus vidas más que el de participar de un modo u otro de la fama milagrosa de la TV.

Pero el autor no se presenta como ajeno a estas patologías, una y otra vez desnuda su costado más escabrosos de cholulo cualquiera: él también se anotó en un programa de preguntas y respuestas y falló, él también se compara con los galanes de los posters cuando envidia el amor que le tienen las fans, él también inventó historias sobre extraterrestres para llegar a un estudio de televisión. Esta empatía es en cierto modo exigida al lector, ya que actores y programas de los últimos veinte años son introducidos en el relato con toda naturalidad como si no hiciera falta ninguna explicación por ser el saber televisivo. Quizás por eso, para quienes no crecieron mirando *Jugate conmigo*, *Pelito* o *Clave de sol*, el texto esté demasiado lleno de guiños generacionales y corra el riesgo de volverse opaco, aunque un aparato de notas intente reponer los referentes. (Por esta misma razón los de veintipico y los de treinta y pocos lo encontrarán cargado de reminiscencias). Más allá de estos detalles, *Golpeando...* se sostiene en su desafío: presentar en un formato textual experimental las subjetividades nacidas al calor de los últimos años de cultura televisiva, sin sacar conclusiones ni emitir juicios de valor sino abriendo un espacio para formular preguntas.

NOTICIAS DEL MUNDO

GANADOR Alan Pauls, escritor y periodista de **Radar**, ganó el XXI Premio Herralde de novela por su obra *El pasado*. El premio, uno de los más prestigiosos de la lengua española y convocado por la editorial Anagrama, recae así, por primera vez, sobre un argentino. El jurado, compuesto por Enrique Vila-Matas, Jorge Herralde, Esther Tusquets, Juan Cueto y Salvador Clotas, eligió la novela de Pauls entre los más de 200 originales recibidos. La otra novela finalista fue *Una vez Argentina* del también argentino Andrés Neuman (mientras que *El ángel literario* de Eduardo Halfon, de Guatemala, y *Pudor* de Santiago Roncagliolo, de Perú, habían pasado a la última instancia de selección). Entre abrazos, Pauls alcanzó a definir a su obra como “una suerte de novela gótica de amor”. Las más de 500 páginas de *El pasado* se publicarán en diciembre en simultáneo en la Argentina y en España, y será la cuarta novela editada de Pauls luego de *El pudor del pornógrafo* (1984), *El coloquio* (1990) y *Wasabi* (1994), que será reeditada por Anagrama el año que viene.

PLANETA Otro ganador: el escritor y matemático Guillermo Martínez obtuvo el Premio Planeta 2003 de Novela por su obra *Crímenes imperceptibles*. El premio, que se entregó por décima vez y tras una interrupción de dos años, consta de 50.000 pesos. La obra de Martínez, enviada bajo el seudónimo de Epaminondas, fue elegida entre las 273 obras que se presentaron. El jurado estuvo integrado por Marcos Aguinis, Federico Andahazi, Marcela Serrano, Carmen Posadas y Ricardo Sabanes, quienes habían elegido como finalistas a otras cuatro obras: *Balboa regresa al Pacífico* de Agustín Pérez Pardela, *Iguanas* de Jorge Paolantonio, *Cuando vayas a decir que soy un tonto* de Vicente Muleiro y *Una sombra en el jardín de Rosas* de Reyna Carranza.

ARTEFATO El grupo Artefato –máquina urbana de divulgación artística– presentó esta semana seis libros de seis poetas de Montevideo y Buenos Aires. Las obras forman parte de la colección “ae6” y son fruto de los esfuerzos poéticos de Isabel de la Fuente, Miguel Albá, Leandro Costas Plá, Gabriel Yeannoteguy, Ximena Espeche y Martín Barea Mattos y se consiguen vía mail: (artefato@montevideo.com.uy o artefatobuenosaires@yahoo.com).

ALICIA EN EL PAIS La escritora argentina, residente en París desde 1978, Alicia Dujovne Ortiz visitará Buenos Aires con motivo del lanzamiento de su nueva novela *Anita cubierta de arena*, la historia de la mujer que se casó con José Garibaldi.

VIENE ZIZEK El intelectual Slavoj Zizek, que cuenta con numerosos admiradores en la Argentina, vendrá a dar –al menos– una conferencia en Buenos Aires. El celebrado esloveno, autor de *El sublime objeto de la ideología*, *Goza tu síntoma* y *La política de la diferencia sexual*, entre otros ensayos, expondrá sobre “La estructura de la dominación actual y los límites de la democracia”. El encuentro será en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el martes 25 de noviembre a las 19 en el Aula 324 de la sede de la Facultad en Puán 480. Seguramente se agregarán más actividades a la agenda de Zizek, de modo que habrá más novedades.

ESTE SÍ

Enrique Wernike (1915-1968) cultivó orquídeas, fue viajante, iluminador de cine, titiritero (recorrió el país junto a su amigo Javier Villafañe), periodista, topógrafo, campesino, publicitario, fabricó soldaditos de plomo y, sobre todo, dio forma a una obra que abarcó la poesía, la novela, el cuento y el teatro. Reconocido por sus textos narrativos, aún la crítica tiene una deuda pendiente con sus obras teatrales y con su poesía. Obsesionado por la precisión, la síntesis y la economía del lenguaje Wernike imprimió a sus textos un laconismo deliberado tratando de llegar a lo esencial de una historia, anticipándose a las técnicas narrativas de Ernest Hemingway y Raymond Carver. Muchas veces temeroso de su propio valor como escritor (temblores reflejados en muchos pasajes del diario personal aún inédito Melpómene) Wernike soñaba con escribir "una literatura robusta". En 1937 publica su primer libro *Palabras para un amigo* y, un año después –el 8 de agosto de 1938– entró en los Talleres gráficos Lotito Hnos. y Cía. (Moreno 739) para retirar un paquete con 300 ejemplares de su segundo trabajo. El ficticio "Ediciones El gallo pinto" (toda su obra fue pagada de su propio bolsillo) era el sello que avalaba la publicación de los 9 poemas reunidos bajo el sugestivo título *El capitán convaleciente* y otros poemas distintos, de donde fue tomado el siguiente texto.

Lautaro Ortiz

Mi vida y los muchos

Los muchos van caminando sin sentido
ocultando el gesto de su vacilación y su temor.
Les caen los días, las muertes, los dolores.
Algo fugaz cubre todo. Hay una fuerza de vivir.

Estoy de codos en mi ventana.
Un pensamiento libre me aleja la atracción de los hechos.
No siento vanidad ni siento nada.
En realidad, estoy viviendo con toda el alma alerta
en el apoyo de este ventana que da sobre la calle.

Y los muchos van y van.
Un dolor distendido hace sombra a la tierra.
Y una hermosa inconsciencia vela guardando la vida.
Y los muchos van.

Mi vida se ha trepado sobre unos hombros
que van, que van...

THE VILLEGAS AFFAIR

POR CECILIA SOSA

La crítica suele encontrar en la obra de Manuel Puig un punto de fuga, un núcleo esquivo e inclasificable. Algo similar ocurre con General Villegas, su lugar natal. O peor. Porque en este pueblito abandonado en mitad de la pampa, a 450 kilómetros de la capital, escenario apenas transmutado de sus dos primeras novelas (reconocidas como autobiográficas en un 95 por ciento), sucede algo raro: póstumo, Puig se convirtió en un nuevo personaje de ficción. Sí: como dice la académica Francine Masiello, en Villegas el "referente real" se afloja y en su lugar aparece otro; o mejor dicho: otros. Porque Villegas se transformó en un concierto de voces trunco, contradictorio. Que por ejemplo dice simultáneamente:

–Que Puig no es un fenómeno masivo.
–Que todos los libros que llegan de Buenos Aires desaparecen en un solo día.
–Que Puig sigue maldito.
–Que no hay nadie que no se jacte de tener algún pariente mencionado en *La traición de Rita Hayworth* o en *Boquitas Pintadas.*
–Que Villegas es, fue y será un pueblo conservador, por completo ajeno a toda literatura.
–Que cada viento o lluvia es un hilo más que anuda Manuel desde el cielo.

Algo en Villegas parece transcurrir en algún espacio intermedio entre realidad y ficción. Casi como una *vendetta* póstuma, el pueblo que expulsó para siempre a Puig a los 14 años ahora quiere guardarse sus secretos.

PUIG: NUEVA ENTREGA

Viernes 24 de octubre. En el primer piso del club social Eclipse se reúnen la burocracia municipal y provincial, académicos, artistas, organizadores, alumnos del Colegio Nacional. Es la inauguración de una nueva edición del programa "Puig en Acción", que desde 1993 organiza la Biblioteca Pública Municipal. En total, tres días de charlas y paneles, un documental, comidas, títeres, chismes, secretos, teatro, murga, calor y tormenta de los que participó el mismísimo secretario de Cultura de la Nación Torcuato Di Tella. La excusa: los 30 años de la publicación de *The Buenos Aires Affair*, tercera novela de Manuel Puig. La encargada de la apertura es Patricia Bargero, directora de la Biblioteca y responsable de la nueva oleada "mágico/puiguista" que envuelve al pueblo. "Entre todos seguimos armando este folletín que es el *affair* que tenemos con Puig. Les agradecemos que sean parte de esta entrega", dice.

Nota al pie. Desde que hace 18 años un fatídico accidente la condenó a una silla de ruedas, Patricia consagró un saber y una sensibilidad sin estridencias a abonar la memoria del autor en el pueblo. Desde febrero, y luego de cinco años de refacción, vive en la casa en la que vivió Puig hasta los 3 años. Conservó puertas y aberturas originales, el aljibe y hasta la bañadera "donde Coco pasó tantas horas", según le escribió la madre de Puig, Male, que vive en Buenos Aires rodeada de las mismas películas de Hollywood de los '40 que veía con su hijo en la Sociedad de Fomento Española, el viejo cine de Villegas, hoy en reparación.

En la sección "Acechanzas críticas", los especialistas Graciela Speranza, Julia Romero, Claudia Kozak, Guillermina Rosenkratz y José Amícola andan y desandan la secreta actualidad de *The Buenos Aires Affair*, su carácter "salvajemente experimental", su programa estético de vanguardia, su relación con el cine, la locuacidad inteligente de sus personajes femeninos (Speranza), su exacerbación política y sexual, su antiperonismo (en pleno 1974), su carácter "pornográfico" (endilgado por la censura en el '75) y su prohibición, y las amenazas que le deparó a su autor por parte de la Triple A (Romero).

En las últimas filas de la sala también hay acechos. Con sus remeritas de futuros egresados del nacional, los adolescentes que se escabulleron de clase para el evento esconden sonrisas, se acomodan en las sillas de plástico, disimulan bostezos, se tocan, juegan. Ni fuerzas para aplaudir. Y es imposible no ver a la Raba, a Paquita, a Pancho y a Juan Carlos, adolescentes que sueñan con el momento en que les toque irse. Porque... "qué vas a hacer acá, ¿repositor de góndolas?, ¿trabajar en el campo?".

En el baño de Eclipse, tres chicas se arreglan frente al espejo. Un giro, otro más. ¿Puig?
–Nació acá.
–Escribió *Boquitas Pintadas*.
–Era gay.
–¿Gay? –los ojos de la de rulitos y lentes se abren enormes.
–A mí me dijeron que era homosexual.
–Y... este pueblo da para todo.

DESAYUNO ALEGRE

Mañana de sábado. Gilberto Alegre, intendente de Villegas. Filiación: peronista. Tercer período. Un café. Hijo de familia trabajadora. Estudia Abogacía en la Córdoba del Cordobazo, donde resuenan el Mayo Francés y la Primavera de Praga. Pero no, no lee a Puig. No lee en general. Lector de vacaciones, alguna novela policial, pero no mucho: después no duerme. Conoce a Puig por la película, por *Boquitas Pintadas*, prohibida. Para verla se fue a otro pueblo. Tenía 15, 16 años. No hubo lecturas demasiado intelectuales de la película; más bien chismes, las costumbres de la época, el escándalo. Todos iban al cementerio a ver la tumba de Juan Carlos. Ahora no. Alegre no ve ningún resabio de esa época. Puig no es un fenómeno masivo, dice. El grueso no lee, dice. Sólo un grupo, la Biblioteca, que trabaja para imponerlo. Y él acompaña. Es lindo ser intendente, dice. Le gusta.

IMAGINACIÓN PORTENTOSA

Como en 2001 lo fue César Aira (esta vez ausente con aviso), el invitado especial del encuentro fue Osvaldo Bayer, que supo frecuentar a Puig en su exilio europeo. El tema: "Repercusiones en Alemania de *El beso de la mujer araña*". Bayer recuerda charlas con Manuel sobre "la necesidad de una ética en la Economía", lee tramos de *Boquitas Pintadas* y cada tanto interpela a una platea mayoritariamente femenina: "¿Esto piensan las chicas al besar al novio?", se sorprende: "¡qué imaginación por-



FOTO JORGE LARROSA

EXCURSIONES Del jueves 23 al sábado 25 de octubre, el Club Social Eclipse y otras instituciones de General Villegas hospedaron una nueva edición del programa “Puig en acción”, un maratón de charlas, paneles, proyecciones, comidas, títeres, chismes, teatro y murgas consagrado, esta vez, a los 30 años de *The Buenos Aires Affair*. **Radarlibros** estuvo ahí y pescó algo de todo lo que se sigue murmurando sobre Manuel Puig en las calles del pueblo donde nació, que alguna vez se descubrió con escándalo en sus libros y que hoy le debe casi todo.



tentosa!”. A propósito de *El beso de la mujer araña*, la lectura de Bayer subraya la sexualidad de Puig e incluye la denuncia de algún coqueteo filo nazi. “Si pudiera, le daría un beso a Manuel, en la frente. El era una mujer. Quería ser una mujer, ser dominada por el hombre”, dice. La platea puiguista apenas puede disimular su escozor. “Manuel seducía a todos por igual. Bayer es Valentín. Es Valentín antes de Medina, antes de *El beso*”, dice Bayer.

SECRETO DIGITAL

En 1990, cuando Puig murió en Cuernavaca (México), su legado pasó una temporada en la Universidad de Princeton y luego fue trasladado por su hermano Carlos a Buenos Aires. Once enormes cajas con manuscritos, fotos, cartas, guiones inéditos, traducciones y más. “En tantos años de exilio, Manuel no tiró nada. Hay más de veinte mil documentos por clasificar”, dice Graciela Goldchluk, doctora en Literatura de la Universidad de La Plata. Goldchluk, junto a José Amícola y Carlos Puig, son los que atesoran la memoria del escritor y los nuevos portadores del secreto. Parte de esos tesoros formará parte de un archivo digital financiado por el Conicet. Goldchluk adelanta algunos de los hallazgos: más de tres mil páginas de manuscritos de *Buenos Aires Affair*, once versiones sólo para el primer capítulo, fotocopias de un libro de autopsias y la hoja de la publicidad de un perfume de la Polinesia publicada por la revista neoyorquina *Harper’s Bazar*, que Gladys evoca en uno de los tramos de la novela. La especialista proyecta la filmina y también la del “test de mediocridad” con sus dos respuestas, “la de Gladys [el personaje central de *The Buenos Aires Affair*] y la del propio Manuel”. La exhibición incluye un cuadro cartesiano que prevé los picos de brillo, novedad, atmósfera y pánico que describirá el policial. “Es el primer libro donde Puig no recurre a la memoria, y la documentación –contra los que dicen que Manuel sólo tenía ‘una imaginación portentosa’– es exhaustiva.”

OLLAS PUIG

Bar La revuelta, típica esquina villeguense. Carlos y Jorge Puig, primo mayor de Manuel, se escapan de la comitiva para diluir emociones fuertes entre cerveza y tostados y agua mineral. Agua para Jorge, que en todo este año no tomó una copa “pero cuando llegue el 4 (el 2004) se toma todo, empieza a nadar y hasta tal vez se casa de nuevo”. El Héctor de *La traición de Rita Hayworth* tiene casi 80 años y una vitalidad a toda prueba.

–No, no soy el Héctor –aclara entre risas–. Yo no diría nunca “esa negra de mierda”. Además, el Héctor hacía lo que quería con las minas, y las minas siempre hicieron lo que quisieron conmigo.

–Dale, si eras el buen mozo del pueblo –dice Carlos, sacudiendo su larga barba de profeta.

–¿Qué querés? Tenía 18 años, comía bien, iba a la pileta, al baile. Milonga, amor, todo correspondido. Era una pintura –dice, y casi es posible verlo al Héctor cruzándose a lo de la Paquita, la Ñata, la Mari.

Durante años Jorge compartió con Manuel Puig uno de los cuartos de la casa donde Baldomero administraba la vinería, ahora ocupada por la escuela.

–Yo llegaba a las cinco de la mañana de andar por ahí y el Coco [Manuel] estaba siempre leyendo. ¡Ping!, le apagaba la luz. ¡Ping!, y él la volvía a prender. Así estábamos como diez minutos, hasta que yo me dormía y él seguía leyendo. Ya pensaba, el Coco. Yo no, yo era un pituco, un vagoneta. Años después, cuando Manuel trajinaba el exilio, parte de la familia Puig se consagró a la confección de ollas. Las ollas Puig. A presión. Cuatro sistemas de seguridad incluidas: manómetro, silbato, goma de seguridad y aletas.

–Las mejores del mundo. Las de verdad, no las de imitación –se entusiasma Carlos.

¿Queda alguna?

–¡Están vivas! Eran miles, alguna debe quedar. Las fabricábamos en Buenos Aires. En aquella época las ollas todavía explotaban.

–Me las compraban los amigos, yo estaba en la miseria. La mamá de mi novia me compró una para que me casara –dice Jorge.

–La familia Puig nunca tuvo nada contra el pueblo –arremete Carlos–. Fueron algunos energúmenos. La estupidez da para todo. Los personajes de *Boquitas* son universales: los ponés en un pueblito de Colombia y también te dan. Pero acá se leyó como si no fuera literatura. Los mismos que después estaban bien en la dictadura. Es el ABC. Si ponés en un medio alcalino una cosa, los que salen coloraditos ¿quiénes son? Los reaccionarios, los acomodados. Muy egoístas. Hubieran querido ser ellos los que escribieron el libro.

Todavía hoy Jorge jura y rejura que aún hay quienes le gritan por la calle:

–¡Jorge! ¡Yo soy la piojosa de *Boquitas Pintadas*!

–Pobrecita –dice él–, ¿quién no tuvo piojos en la escuela?

PICAFLOR Y PAJARITO

Durante los tres días Villegas se llenó de Leos Druscovichs y Gladys Hebe D’Onofrios, protagonistas de *The Buenos Aires Affair*. Leo y Gladys en el teatro, Leo y Gladys convertidos en títeres gigantes, Leo y Gladys en la murga. Gladys con su ojo de picaflor, Leo con su inmenso, desproporcionado “pajarito”.

–A mí Puig me calienta. Sexual y políticamente.

Jesús Pascal tiene 30 años y una monada que lo sigue: *Escrachados por la Trucha –Boquitas Pintadas* en lunfardo–, la murga del pueblo. Son los responsables de las distintas puestas de *The Buenos Aires Affair* y los protegidos de la Biblioteca. Lejos de toda pacatería pueblerina, sus versiones incluyen pantallas gigantes, escenas de sexo y violencia, personajes desdoblados, canciones políticas bizarras, parodia y populismo. Pura prepotencia experimental.

–Acá muchos aprendieron a leer con Puig. El que hace de Leo en la obra de teatro no había terminado la primaria, estuvo en cana y zafó con esto. Nadie que llega con el problema resuelto. En la murga se mezclan los que vienen de la villa con chicas del Inmaculada. Somos los colifatos del pueblo. A veces hay tanta energía que terminamos todos enfiestados. Después se van todos y nos quedamos dos meses girando como un trompo.

¿ÚLTIMO AFFAIR?

Hay puntos peligrosos donde todo en Villegas parece estar saturado de significación: los ojos azules del chico de 7 años que se da vuelta para indicar una dirección, los albañiles que aparecen trabajando tras la ventana de la habitación del hotel. Se habla hasta del “efecto Villegas”, cuando aún los gestos más nimios parecen sucumbir al embrujo de un pueblo donde ficción y realidad se yuxtaponen y crecen en una espiral ascendente e interminable. El affair con Puig se sigue escribiendo. 

EN EL QUIOSCO

El libro de los colegios, una publicación de Consultores en Educación y Desarrollo Profesional (CEDP) con dirección de la Lic. Silvia Iturriaga, se editó por primera vez el año pasado. El 2002 fue un año marcado por la crisis económico-institucional, y parecía un momento raro para lanzar una guía para padres en búsqueda de un colegio para sus hijos. Sin embargo, la propuesta demostró ser más que atinada, esa edición se agotó, y acaba de salir la segunda, ampliada.

El criterio de selección de las escuelas queda definido por los editores de esta manera: “Una buena escuela es aquella que, sustentada en un proyecto educativo e institucional bien definido, lo lleva a la práctica por medio de un accionar coherente con sus objetivos, con profesionales capacitados y alineados al proyecto, en una infraestructura adecuada que provee el soporte didáctico tecnológico necesario para su desarrollo”.

En el libro, cada escuela es presentada con un informe completo, donde las propias instituciones plasman lo que consideran particular de sus proyectos. En algunos casos se encuentran resúmenes de actividades y en otros información acerca de cómo se enseña un idioma, o de las actividades extracurriculares y los talleres. Los informes comienzan con referencias al origen de la institución, el momento histórico del surgimiento y otros datos que definan su identidad. También cuentan con una ficha que incluye los nombres de las autoridades, dirección, teléfono y página web.

La cobertura de *El libro de los colegios* es muy amplia. Incluye escuelas para niños con necesidades educativas especiales como el Cetna (Centro Educativo Terapéutico para Niños Adolescentes), dependiente de la Fundación de Lucha contra las Enfermedades Neurológicas de la Infancia (Fleni), diseñado para brindar atención integral en las áreas de salud y educación a niños y jóvenes que presentan algún trastorno en su desarrollo cognitivo, motor y/o emocional. También institutos como el Colegio Aula XXI que, además de las materias curriculares –con un esquema de doble escolaridad– ofrece seminarios obligatorios que atraviesan materias tradicionales proponiendo temas unificadores, por ejemplo, “Los viajes de la filosofía” o “El vampirismo en la literatura y en el cine”. Aparecen instituciones tradicionales como el jesuita Colegio del Salvador, colegios privados bilingües como el Goethe (con el apoyo del gobierno de la República Federal de Alemania), el Pestalozzi Schule (alemán-castellano) o el Victoria College (inglés-castellano) o trilingües como el Saint Gregory’s Palermo (inglés-castellano-portugués).

Pero éstos son sólo algunos ejemplos, porque el libro cuenta con más de setenta instituciones, algunas ubicadas en la Ciudad de Buenos Aires y otras en localidades del Gran Buenos Aires como Acassuso, Beccar, Benavídez, Boulogne, Escobar, Florida, Garín, Hurlingham, Los Polvorines, Nordelta, Olivos, Pilar, Quilmes, San Isidro, Tortuguitas, Vicente López, Villa Adelina y Villa Ballester. Para Silvia Iturriaga, “lo común a las instituciones que aparecen en el libro es que desarrollan un proyecto pedagógico tan interesante como para ser elegidas con prescindencia de su ubicación geográfica”.

El libro de los colegios se consigue en Librerías Yenny o consultando en *www.cedp.com.ar*



El libro gordo de JOHN UPDIKE

ANTOLOGÍAS A los 71 años, John Updike se puso a husmear en su pasado y resumió la fase inicial de su carrera en un centenar de relatos notables. El resultado es la autocompilación *The Early Stories*: textos tempranos, sí, pero cuyo lirismo clínico prueba que hay escritores que empiezan sabiéndolo todo.

POR RODRIGO FRESÁN, DESDE BARCELONA

La sobrecubierta del monumental *The Early Stories: 1953-1975* (Knopf, 838 páginas, U$S 35: caro, pero uno de los mejores) viene con tres fotografías de John Updike. La primera –la de la portada– nos muestra al joven autor en 1968: cara de pájaro, saco de corderoy y suéter de cuello alto a la moda, promesa cumplida. La segunda –la del ancho lomo– exhibe al todavía más joven aprendiz en 1955, tecleando en una máquina de escribir portátil y casi virgen, anteojos de chico *nerd*. La tercera –la de la contratapa– es de 1975 y presenta a un hombre ya celebrado como uno de los más importantes narradores de su país revisando las galeras de lo que probablemente sea otra de sus escandalosas novelas de entonces, titulada *A Month of Sundays* y protagonizada por un sacerdote poco espiritual y muy carnal.

Los tres Updike nacieron en 1932 en Pennsylvania y ahora comulgan en este libro del 2003 con modales de resumen parcial, pero no por eso menos contundente. Y, claro, cabe preguntarse: ¿por qué Updike decidió autoantologizarse? ¿No tenía nada nuevo –cosa rara, porque Updike escribe a la velocidad que filma Woody Allen– para publicar este año? ¿Sintió –después de haber ganado todos los premios existentes, menos el Nobel– la súbita necesidad de dedicarse un monumento al estilo del clásico y rojo *The Stories of John Cheever*, recopilado por uno de sus maestros hace un cuarto de siglo? Y lo que es más importante: ¿qué utilidad y sentido tiene *The Early Stories* para el seguidor de Updike que ya cuenta en su biblioteca, desde hace tantos años, con los ejemplares sueltos de *The Same Door*, *Pigeon Feathers*, *Assorted Prose*, *The Music School*, *Museums and Women*, *Problems*, *Too Far to Go*, *Hugging the Shore* y *Trust Me*?

Las respuestas a las tres primeras preguntas son asunto exclusivo de Updike. La respuesta a la cuarta pregunta –asunto nuestro– es que *The Early Stories* tiene mucho para ofrecer. Y, además de los placeres que ofrece al leerlo, *The Early Stories* es, digámoslo, un libro muy lindo de mirar y de sostener en las manos.

CONTAR LOS CUENTOS

Más allá del placer estético de tener toda junta esa prosa tan estética de Updike, hasta ahora repartida en libros de cuentos y volúmenes que agrupan ensayos críticos y el ocasional sketch narrativo -buena parte de los cuales jamás fue traducida al español–, está el apreciable valor extra de investigar el *modus operandi* del autor a la hora de reordenar su obra. En *The Early Stories*, los relatos no aparecen en el orden en que fueron escritos ni respetan el formato de los libros en que fueron apareciendo. Updike opta por un sistema mucho más interesante y revelador: los ciento tres relatos de *The Early Stories* –su autor apenas desechó dos especímenes ya rescatados para *Golf Dreams*, sólo hay una aparición de su escritor ficticio Bech, ya reunido *in toto* en el 2001 en *The Complete Henry Bech*, y otros dos fueron eliminados por considerarlos "reminiscencias en primera persona sobre mis días en el *college* que, me pareció, no envejecieron bien"– aparecen aquí concentrados en unidades temáticas que pueden leerse como micronovelas. Así, "Olinger Stories", "Out in the World", "Married Life", "Family Life", "The Two Iseults", "Tarbox Tales", "The Single Life" y la poco conocida y comentada faceta experimental de "Far Out" –en la que Updike coqueteó con ciertas técnicas más cercanas a Barthelme y a Coover que a su habitual naturalismo blanco, protestante y anglosajón– son los apartados donde los diferentes cuentos se juntan según el territorio en que transcurren o de acuerdo con los apellidos y estados civiles de quienes los protagonizan.

Y, claro, lo más asombroso de todo y, al mismo tiempo, lo que no es ninguna novedad: estas "historias tempranas" casi nunca delatan la obra en formación o el trabajo de un novato. Aquí, desde el vamos, abunda esa prosa tan clínica como lírica –responsabilidad del "Ultimo de los Grandes Narcisistas Americanos", según el revulsivo David Foster Wallace– que remite tanto a la perfección formal nabokoviana como, también, a la suprema seguridad en sí mismo del Gran Narcisista Ruso Universal adorado por Updike como si se tratara de Dios. Sí: Updike parece haber surgido perfectamente formado desde el vamos, y así cuesta mucho precisar –sin consultar el índice cronológico– dónde termina el primerizo y dónde comienza el profesional en este libro que, nos explica Updike, "es una colección y no una selección: deja lo último para otros, cuando el escritor ya no esté vivo y no pueda obstruir el proceso".

HACER HISTORIAS

El lugar de John Updike en el panteón de las letras americanas está, hoy por hoy, más que asegurado, aunque el autor no nos haya a dado hasta ahora la formidable sorpresa que nos ha venido ofreciendo Philip Roth a lo largo de sus últimos años y libros. En cualquier caso, Updike es el autor de una incuestionable Gran Novela Americana –la tetralogía con coda protagonizada por Harry "Conejo" Amstrong– y a esta altura poco y nada tiene que probarnos. Pero tal vez, quién sabe, su verdadera motivación para este *The Early Stories* –que, seguro, ya será complementado cuando corresponda por un intermedio *The Middle Stories* y un *The Late Stories* definitivo o algo así– sea la de funcionar como el perfecto trampolín desde el cual zambullirse con un clavado todavía más perfecto y final. Crucemos los dedos, y novelas *freak* como *La belleza de los lirios*, *Hacia el final del tiempo* o *Seek my Face* han dado evidencia suficiente de su afán por seguir investigando nuevos territorios.

Mientras tanto y hasta entonces, en el breve pero sustancioso prefacio que abre *The Early Stories*, Updike recuerda sus inicios; su llegada al semanario y *alma mater* literaria *The New Yorker*; un encuentro con Salinger, "que todavía no era notoriamente ermitaño"; las ayudas de sus editores Katharine White, Harold Ross y Roger Angell; y "el descubrimiento de lo que Freud definió como 'la normal infelicidad humana'" como tema. Los años, la vida y la obra contenidos en estas páginas –confiesa Updike– fueron los de su primer matrimonio. Y la idea de concluir esta colección inicial e iniciática conectando la fecha de su propio divorcio con las muchas separaciones de sus héroes y heroínas le parece "el más apropiado de los cierres". Así, paradójicamente, Updike se separó entonces y nosotros nos reencontramos ahora con ese muchacho que quería ser escritor y con ese escritor que ya no creía en el amor eterno para, finalmente, alcanzar la verdadera y más agradecible razón para la existencia de *The Early Stories*: el intenso y raro y exquisito y sabio y tan confiable placer que sólo se siente a la hora de la relectura de lo que más nos gusta.